

EL FERROCARRIL.

Confederacion hispano-americana.

¿A qué ha venido la raza española al mundo de Colon? A regenerar su sangre, a extender la civilizacion cristiana, o a ocultar en la soledad la agonía de su decadencia i a suicidarse en la anarquía?

La colonia fué una creación riquísima de la civilizacion declinante de la España. Dos caracteres distinguieron a esa hija dejenada a quien la madre patria procuró tambien empujar en la pendiente de la degradacion: esos caracteres fueron la guerra exterminadora de la raza indigena, i la esclavitud política i la ignorancia en que los colonos de la España se constituyeron. Tres siglos corrieron sin que en la América, en esta tierra que parecia prometer a la regeneracion de los hombres i a la implantacion de la socialidad mas pura i verdadera, atestiguaran nada, sino el silencio, la ignorancia i la esclavitud política, unida por un extraño lazo al espíritu belicoso e intolerante de los conquistadores, funesta prenda del colono que sirvió para continuar la desbastacion del elemento indigena, para despojar i mutilar la América bárbara i semibárbara, pero hermosa, poblada i feliz, i sustituirle los elementos de una civilizacion embrionaria, que traía consigo grandes verdades, pero tambien grandes contradicciones i absurdos.

Después de largos años solo se habia visto desaparecer razas enteras de la América, i vejar la raza española en pequeños grupos diseminados en un vasto continente, mal conocido, mal explotado, víjase en casi todos sus elementos, i distribuido torcamente entre unos pocos reinos de la Europa.

En la época del descubrimiento del nuevo mundo, la poblacion indigena ascendia a cuatrocientos millones, segun Montesquieu i Montaigne. Tal vez la poesía mas que el cálculo, ha formado el censo de esta poblacion. Pero lo que es innegable i en lo que se acuerdan todos los estadistas, es que la poblacion primitiva, partiendo desde el descubrimiento, era harto mas numerosa que las razas europeas i indigenas que pueblan hoy mismo nuestro continente. Ni es menos cierto que los imperios mas poblados i vastos, como Méjico i el Perú, desgranaban completamente esa calamidad que se ha hecho crónica en la Europa, i que llamamos pauperismo. I no era que todos los pueblos i todos los hombres estuviesen bajo el nivel de una miseria común, porque es sabido que todos los pueblos se bastaban a si mismos, i que la opulencia era general en los imperios de Moctezuma i de Atahualpa.

Hemos retrocedido tan lejos en la historia, para traer de allí los elementos de un contraste que acusa a los dominadores de la América de no haber comprendido su misión en esta grandiosa escena. La América contaba una gran poblacion en el momento en que los aventureros de la Europa pisaban sus playas por la primera vez. Aunque bárbara en su mayor parte, la raza indigena se bastaba a si misma. Algunos imperios poseedores ya de muchos secretos de la ciencia, extendian sus dominios llevando la enseña de una civilizacion incipiente que tenia por base la unidad. La socialidad unificaba pueblos con pueblos, razas con razas; en donde conseguia formar una nacion estensa, allí se contaba mas riqueza, mas industria, costumbres mas dulces, un gobierno mas regular, una fraternidad mas pronunciada, una suerte individual mas feliz.

"Nada mas sorprendente que las instituciones del imperio de los Incas. No se reconocia en él propiedad individual. Sus leyes eran las de los rigidos lacolemonios, combinadas con una dulzura de carácter de que apenas se encuentra ejemplo en la historia de otros pueblos. Todo el territorio estaba dividido en tres porciones iguales, la una consagrada al servicio del culto, la otra a los gastos públicos i del gobierno, i la tercera a la subsistencia de la nacion. La fertilidad del suelo i la bondad del clima no exigian de los naturales, sino un ligero trabajo. Marchaban a sus tareas ordinarias al son de la música i del canto. Todo respiraba en aquella leña el goce i la paz. El monarca se consideraba siempre como el padre del pueblo, i el pueblo lo miraba como a tal. La nacion entera estaba dividida en decurias i centurias; i los agentes del poder ejercian en todo el imperio una vigilancia constante i paternal." (1)

No es menos lienzero el cuadro que los historiadores han descrito con referencia al imperio mejicano, verdadera monarquía feudal, capaz de poner sobre las armas tres millones de soldados; con una capital de sesenta mil familias, adornada de palacios i templos magnificos; con ferias a donde acudian los productos de las artes útiles i libertades en donde se educaba la niñez i la juventud con maestros espaciales; i se les enseñaban las canciones tradicionales i a descifrar los caracteres i figuras de que se componian sus orijinales escritos, sin olvidar la modestia i cortesia, ni la compostura en el andar; en donde por último, la justicia i administracion del Estado contaban con una organizacion jerárquica, nada inferior a la que la Europa de entonces acataba como buena i saludable. (2)

La superioridad que la civilizacion les daba a los dos imperios de Méjico i del Perú sobre el resto de los pueblos indigenas, los traía empeñados en una serie de conquistas, con que iban agregando nuevos elementos i nuevos súbditos a su civilizacion. Los dos colonos avanzaban, en el norte el uno, en el sur el otro, absorbiendo pueblos i tribus, nómades i sedentarios, salvajes i bárbaros, e imponiendo a todos el yugo de su civilizacion española i católica.

Los colonos de Cortés i de Pizarro dieron al traves con esta grandiosa indigena que en el norte tenia ya por límites dos mareas i se dilataba hasta el Istmo, i en el sur trasponia los Andes i sentaba sus reales en medio de la barbarie de los indios chilenos i procuraba reducir a ferrea.

El estrepitoso linchido del cañon suena:

ció a la América la presencia de otra raza fuerte i ambiciosa. La escena cambió súbitamente; los conquistadores indigenas se sobreajeron lo mismo que los pueblos invadidos; todos debian caer bajo el saqueo de aquella raza incógnita que forjaba el rayo con sus propias manos i que parecia revestida del poder de los dioses. Así comenzó el descenso de la poblacion indigena en el nuevo mundo i la colonizacion europea.

Tres siglos mas tarde la América española presentaba el espectáculo de un desierto sobre cuya riquísima i vasta superficie se veian, como otros tantos oasis, algunos miserables grupos de indigenas, tan bárbaros unos, tan salvajes otros como tres siglos antes, i a su lado algunas poblaciones de aquella misma raza que el indio supersticioso i cobarde de sorpresa, habia calificado de divina en otro tiempo; pero ya muy demandada, menos rica, menos industrial, menos feliz, más o menos que otros cien años atrás!

¿Qué habia venido, pues, la raza española al nuevo mundo? A civilizarlo? Ella habia sofocado la civilizacion de los fuegos i de los mejicanos, i la barbarie indigena subsistia en los restos mutilados de las poblaciones indias.

¿Habia venido a poblarlo? El nuevo mundo estaba cincuenta veces menos poblado que en la época de la conquista.

¿Habia venido a completar su civilizacion? Los colonos de la España estaban muy atrasados que la madre patria, mas atrasados que los conquistadores de la América. Habian pasado tres siglos sobre este continente, i el colonaje no presentaba mas que la imagen de una civilizacion en ruinas; atos de veras humanas, sin libertad, sin derechos políticos, sin literatura, vegetando sobre sus cadenas i como guardando el sepulcro de la civilizacion embriónica que habian traído sus padres; esto eran las colonias españolas. Colocadas mas o menos cerca de las tribus indias cuya asociacion habian reunido los primeros conquistadores desde la cima de su altanería, muchas colonias habian ido incorporándose la sangre indigena, pero como? No por la idea filosófica i religiosa de la fraternidad de todas las razas humanas, no por el principio de amalgamar los elementos físicos de la humanidad para llegar a una civilizacion común, universal, única i sin contradiccion; no, sino por efecto de la decadencia misma de la poblacion colonial; a virtud de su degradacion i envejecimiento. Porque la mezcla de las razas no se operaba por las reglas sociales que la religion i la moral habian consagrado; era solo el resultado de un trato mas o menos clandestino, de la pérdida de la delicadeza, i del gusto, de la relajacion de las costumbres, de la corrupcion, de la decadencia en fin. La Colonia i la tribu, ya en guerra mutua, ya en paz, ora cruzando sus armas, ora cambiando sus miserables productos, venian desde largos años cruzando tambien su sangre i sus costumbres, i formando un mamarracho de vida social, que no era mas que la barbarie ornada con los despojos de la civilizacion. Así es como en muchas colonias el elemento indigena llegó a invadir casi todas las clases sociales, a punto de no verse ya, sino por una excepcion, la raza pura de la Europa (1).

Era, pues, evidente que la sociedad hispano-americana habia dejenado; era necesario regenerarla. I hé aquí el magnífico pensamiento de la Independencia.

La Providencia, que no quiere que la humanidad perezca, i que ha colocado en el corazón humano el principio de su perfeccionabilidad i de su regeneracion, habia designado una época en que la familia hispano-americana debia sacudir i despojar la cadena de trescientos años bajo el anhelo de la libertad. Desde Méjico hasta el Cabo de Hornos, la América se inflamó casi simultáneamente, i la revolucion propagada como por un golpe eléctrico, apareció en todas partes. Desde el fin de las colonias marchitas i desheredadas, se alzaron ecos sublimes que predicaban la doctrina de la regeneracion; aparecieron, lo que nadie esperaba, héroes i sábios, poetas inspirados i guerreros invencibles, las lenguas de fuego del apostolado i las rapadas brillantes de la justicia. La multitud no comprendió esta grandiosa por de pronto; mas, erdió luego a su prestigio i se dejó arrastrar. Comenzó entonces aquella serie de esfuerzos insólitos con sus gloriosas victorias i sus derrotas que mas gloriosas; aparecieron esos capitanes que no desmerecian colocarse al lado de los Alejandro i los Césares, que llenaron la América de glorias i de esperanzas, i terminaron la magnífica epopeya de la independencia, abriendo al nuevo mundo las puertas del porvenir i mostrándole el panorama de una civilizacion envidiable.

Adelantemos cuarenta años, i preguntemos: ¿qué ha hecho la América con su independencia? En dónde está aquel tipo social que entrevieron los padres de la independencia, i en cuyo camino delineado por el talento i abierto por la espada, pusieron al colonaje español?

La familia hispano americana se ha engañado por segunda vez. En la colonia dormia i vejetaba; en la independencia

parece delirar i consumirse; en la colonia la Europa se veia el despotismo en la independencia la devora la anarquía. Su poblacion no adelanta; la emigracion europea reusa su suelo; su industria se arrastra; la guerra civil ha desmenuado los pueblos para enseguida formar de sus fragmentos nuevas nacionalidades. Debilidad física i moral por todas partes.

Union fué la palabra de Bolívar; union fué la palabra de San Martín; porque ellos no comprendian la libertad i la independencia sin la union.

Méjico se hizo independiente, Méjico se confederó, Méjico se disolvió, Centro-América conquistó su independencia, Centro-América se confederó i Centro-América se disolvió. Colombia se levantó brillante en brazos de la Confederacion, i Colombia se disolvió. La Confederacion del Plata surgió en sus primeros años con la enseña de la libertad; vino luego la anarquía; luego el despotismo, después no ha salido la Confederacion, sino para mutilar su territorio i su nacionalidad, i para convertir en causa internacional la division intestina.

A medida que el tiempo ha andado, mayor ha sido la relajacion de los vínculos de la familia americana. Las provincias se han separado de las provincias para hacerse respectivamente soberanas; los partidos se han convertido en naciones, en naciones sin poblacion, sin rentas, sin crédito, sin medios de defensas; con herencia de la guerra civil siempre en su seno, i con la responsabilidad de una soberania que pesa sobre ellas como la mole de los Andes, i que, a la manera de una deuda irredimible, las amenaza con la pérdida de todo lo que tienen, esto es, su territorio i su independencia.

¿No há perdido Méjico la tercera parte de su territorio? No está Walker con sus filibusteros en Nicaragua? No ha metido mano la Inglaterra en la política americana para sorberse aquí un pedazo, para prepararse allí un protectorado, para hacer acucya su propio negocio, mediante nuevos fraccionamientos e independencias? A qué título, con qué alta mira de política, con qué justicia la Inglaterra se prevale de la debilidad del Estado de Honduras en Centro América, para hacerla abandonar por un tratado sus derechos sobre las islas de su bahía, i entregarlas a una ilusoria i ridícula independencia?

¿Adónde vá la América española con el abuso de su independencia? Ahí la colonia, al menos, presentaba un cierto compacto, siquiera fuese la base de un armazón la unidad del despotismo. La independencia desenrolló el inmenso navío de la colonia para enderezarlo a la alta mar. Las tempestades civiles lo arrastraron hacia el punto de partida, i hé ahí despojado, forrándose de sus restos esa multitud de góndolas que no pueden separarse de la costa sin zozobrar, i que están tentando a otros buques a cogérlas en su costado.

¿Qué! ¿Ha sido acaso la independencia hispano-americana el principio de la putrefaccion de un cadáver, i su resurreccion en gusanos?

Lo cierto es que la independencia en la mayor parte de los pueblos de la América española, no ha producido en cerca de medio siglo el fruto que se esperaba. El gran programa de Bolívar i de los grandes hombres que libertaron la América, está solo escrito. El antagonismo entre la raza sajona i la española que poseen el nuevo mundo, ha tomado el lugar del antagonismo de otro tiempo entre esta última raza i la indigena. El cocodrilo del norte, cebalva ya sus dientes con la carne de Méjico i Tejas, comienza a engullirse a Centro América, i avanza hacia el sur, en donde la division i la anarquía le preparan espléndido banquete. No es la propaganda republicana, sino la propaganda materialista; no es el amor i la fraternidad, sino el desprecio i la stateria; no es la igualdad, sino la esclavitud; no es la civilizacion, sino la explotacion de la fuerza sobre la debilidad, lo que nos viene en el torbellino de la invasion yankee. La América española comienza a sentirlo así. La América central se siente desgarrar las entrañas por las uñas del filibusterismo; sus diversos Estados han apelado a las armas en la hora de la desesperacion; pero las armas i el dinero les faltan. Ellos han formado una cruzada para arrojar a los saltadores del norte; pero sus fuerzas son insuficientes, i han acordado pedir un auxilio a las repúblicas hermanas. Hé aquí el momento que ha debido inspirar a todos los gobiernos suramericanos un solo deseo, un mismo pensamiento—la alianza, la union de los Estados. El pensamiento de Bolívar debe ponerse a la orden del día.

Correspondencia de A. Cochut.

Paris, octubre 15 de 1856.
POLITICA JENRAL.
Pánico financiero.—Situacion de los bancos europeos.—Conflicto del mercado francés.—Contra tiempo en Londres.—Deberden monetario: el mal del oro.—Tráfico con la plata.—La amonedacion en Francia.—El problema monetario.—La crisis financiera.—Abuso de la especulacion.—Niveles colosales en Francia.—El segundo rescate austriaco.—El rescate ruso. (a)—Los pequeños créditos mobiliarios.—M. Miró i la ciudad de Marsella.—Las comanditas. Monomania financiera en Alemania.
Al fin ha estallado la crisis que todos presajaban. La Europa entera se halla bajo la impresion de un pánico financiero que quizá pueda dispararse como un sueño molesto, pero que arrastrará desgracias incalculables si llega a prolongarse por algun tiempo.
Hacia fines del mes último, se supo que la mayor parte de los bancos del norte de la Europa, principalmente los de Berlin, Leipzig i Francfort, habian subido sus descuentos al seis por ciento a los menos. En Viena se hacia toda género de sacrificios para obtener la plata en barra u oro en su defecto. En Hamburgo, uno de los mas grandes mercados monetarios del mundo, era difícil obtener acuñados a menos de 8 a 9 por ciento. La Suiza estaba inquieta. El banco nacional de Basilea aumentaba en 1 por ciento al precio de todas sus operaciones; dejando siempre el valor de sus descuentos mas bajo que en ninguna otra parte. Por una especie de aceptación

131121956, p.2

(1) Quiénes?—Nada, pero en la poblacion.
(2) Véase, Historia de Moctezuma de Méjico.